

IV

SALVADOR MARES

IV

SALVADOR MARES

Tres años después de los acontecimientos referidos y á pesar de la ruda oposición que el clero, los políticos ligados con el clero y hasta los mismos hombres prominentes y algunos escritores del partido liberal hacían á la Escuela industrial, esta benéfica institución había progresado de tal modo que ya no era necesario gastar como al principio, sumas enormes para sostenerla, pues los innumerables artefactos fabricados en la Escuela producían lo suficiente para cubrir su presupuesto.

En el establecimiento se fabricaba desde la

ropa, calzado y útiles que usaban los alumnos, hasta muebles de lujo, alfombras, casimires, tapices y carruajes, que competían en precio y calidad con los artículos similares del mercado.

En los talleres mismos de la Escuela se imprimían, no sólo los libros de enseñanza, sino también las obras de los autores pobres que lo solicitaban, y un periódico semanal redactado por los alumnos bajo la dirección de sus profesores.

Entre los educandos había excelentes artesanos, albañiles, herreros, carpinteros, curtidores, zapateros, etc., etc., y muchos de ellos prometían llegar á ser notables músicos, escultores y pintores.

Salvador Mares, el hijo de Rafael y de Mimí, recogido por María (y no el hijo de ella y del Dr. Estévez, como había creído mal informado el Arzobispo), iba á cumplir ya veintiún años y era un inteligente y hábil carrocerero.

El Dr. Estévez había recomendado á María que le educase fuera de la Escuela y le pusiera profesores especiales; pero ella que al principio había seguido las instrucciones del Doctor, comprendió pronto que era imposible imprimir al ca-

rácter de un joven esa energía varonil y ese valor audaz que son indispensables para la lucha por la vida, substrayéndolo al medio habitual en que forzosamente tendría que encontrarse más tarde; comprendió asimismo que sólo aprendiendo y avezándose á luchar primero con los niños, podría luchar más tarde con los hombres, y comprendió también todos los riesgos á que indudablemente se encontraría expuesto al entrar de lleno en la vida social sin estar avezado á las contiendas que empiezan en la Escuela y continúan después en el Foro, en la Bolsa, en el taller ó en el campo de batalla.

No encontrando María una Escuela de su gusto, pues en todas veía muy grandes y lamentables deficiencias, resolvió fundar la Escuela industrial para que á la vez que educaba al hijo de su hermano, pudieran educarse otros niños huérfanos y pobres.

Salvador ignoraba que María fuese hermana de su padre.

Se creía uno de tantos huérfanos amparados por la noble señora, y esto sirvió de mucho al joven carrocerero, pues se habituó desde niño á no

contar más que con sus esfuerzos propios para formarse un porvenir.

En la Escuela industrial se había fundado una clase de religiones comparadas, con el objeto de que los alumnos pudieran libremente escoger la que quisieran.

Salvador no encontró entre todas ellas una que le inspirase la suficiente fe y convicción para abrazarla, y he aquí en resumen sus ideas y sus creencias:

La Tierra no es un mundo formado de la nada, es uno de los astros formados, según leyes que dentro de la unidad física y química del Cosmos presiden la continua y eterna metamorfosis de la materia, metamorfosis que abarca todo lo que constituye el Universo, desde la historia geológica de nuestro planeta hasta la historia genealógica de sus habitantes; desde la historia de la humanidad hasta la historia de los pueblos; desde la historia del astro hasta la vida del hombre.

La tierra, como todos los cuerpos celestes, ha salido de una de esas nebulosas, que formadas por masas inmensas de gas al estado incandescente, son sin duda los *gérmenes estelares*, el origen de los mundos.

En esas nebulosas cuya temperatura llega á millones de grados, los elementos químicos no están todavía separados, probablemente no existe aun en ellas ni la total separación de la masa y del éter.

Están formadas por un elemento primordial, prothylo, cuya condensación por enfriamiento va recorriendo las diversas fases de su evolución, pasando del estado gaseoso al líquido y al sólido, y empezando en la incandescencia termina en la congelación á que han llegado los planetas muertos.

De las nebulosas se desprenden areolas semilíquidas que irán á formar soles ó estrellas; de las estrellas se desprenden otras masas que irán á ser planetas; de los planetas se desprenden lunas y de las lunas fragmentos más pequeños que irán á ser estrellas errantes ó meteoritos.

El enfriamiento de todos estos astros llega á ser suficiente para que tras complicadas combinaciones químicas pueda formarse el protoplasma y con él aparecer la vida.

Después continúa el enfriamiento y la vida desaparece, se extingue.

Entre tanto las órbitas se acortan lentamente hasta que al fin las lunas se precipitan en las Tierras, las Tierras en los Soles, y del tremendo choque producido por las colisiones siderales resultan, por la enorme elevación de la temperatura, nuevas masas de prothylo al estado incandescente y vuelven á empezar las proyecciones de planetas y las formaciones de mundos.

Esta sucesión alternativa de las condiciones cosmogénicas, realizada en el tiempo y en el espacio sobre una masa siempre igual, constituye la eterna metamorfosis del cosmos y la eterna conservación de la materia, que sólo se transforma sin ser jamás creada, sin ser jamás perdida.

Entre las numerosas cosmogonías de la antigüedad que pretendían explicar la formación del cielo y de la tierra por medio de potencias sobrenaturales, ó por medio de mitos ó milagros y entre todas las leyendas que sobre la Creación nos dan á conocer las religiones; la leyenda de Moisés llegó á adquirir preponderancia porque fué juzgada por las masas ignorantes, como la palabra de Dios y se creyó en ella á pesar de que ya desde hace cuatro mil quinientos años los chinos,

los caldeos, los egipcios y los indios del lejano Oriente conocían la astronomía.

En el año de 2697 antes de Jesucristo, un eclipse de sol había sido astronómicamente observado en la gran China, y mil cien años antes de Jesucristo, la inclinación de la eclíptica había sido determinada por medio de un *gnomon*.

Jesucristo que carecía de conocimientos astronómicos, juzgaba del cielo, de la tierra y de la naturaleza misma del hombre, dentro de los más estrechos límites geocéntricos y antropocéntricos.

En cambio los filósofos naturalistas griegos habían ya, quinientos años antes de él, explicado la formación natural de la tierra, de la misma manera que la de los astros; pero los ignorantes cristianos recurrían al milagro por que la autoridad de la Biblia y el mito del Diluvio impedían todo progreso: las leyendas mosaicas han sido admitidas hasta mediados del siglo XVIII, y la teología ortodoxa las admite hasta hoy.

La iglesia y el papado impugnaron el sistema heliocéntrico de Copérnico, por sostener la concepción cristiana que ha hecho de la Tierra el centro del Universo y del hombre un Rey de la

creación á semejanza de su Dios; pero Kepler y Galileo fundaron sobre el sistema de Copérnico la mecánica celeste á la que Newton dió con su teoría de la gravitación una base inquebrantable, y por fin, hoy se enseña hasta en los Seminarios, que *Josué no paró el sol* (1).

Los progresos de la geología han venido á destruir las mitológicas leyendas relativas á la formación de la Tierra en seis días ó épocas, y no se invoca ya la intervención de un gran milagro para explicar su aparición.

Se sabe que su formación se ha verificado no en miles, sino en millones de años, y se calculan:

Para el período archozónico	52 millones.
Para el período paleozónico	34 —
Para el período mesozónico	11 —
Para el período cenozónico	3 —
Para el período antropozónico	100.000 años.

Y para el período de civilización (Historia Universal), 6.000 años.

Total. ¡100 millones de años!

(1) No me extrañaría que alguno de los lectores juzgara fuera de lugar la parte meramente científica de este capítulo; pero debo advertir que desde el momento en que escribo un libro y lo publico, lo primero que reconozco en todos los que saben leer, es el derecho de censurarlo.

El hombre no apareció sobre la Tierra, tal como es hoy, ni en la fecha en que dice la Biblia, ni es una *terracota*, ni le sacaron una costilla para formar á la mujer, ni habló con la serpiente, porque entonces ni él mismo poseía el lenguaje articulado, ni tuvo que vestirse con hojas de higuera, porque estaba vestido de pelo como todos los monos antropóides sus contemporáneos: todo esto apenas sería bueno para que las niñeras entretuvieran á los niños.

Desde el momento en que un astro cualquiera, nuestro planeta por ejemplo, llegó á reunir las condiciones cósmicas en que los fenómenos biológicos pueden manifestarse, apareció el primer protoplasma, es decir, la materia viviente, y tras aquel protoplasma la vida de todos los vegetales y de todos los animales, desde el más humilde protozoario hasta el altivo é inteligente rey de la creación.

El hombre apareció sobre la Tierra bajo la forma de *mónera* de Haeckel, y recorrió los diferentes grados de la escala zoológica hasta llegar á ser un vertebrado.

Entre los diferentes grupos de animales que se han desarrollado en la Tierra durante el curso del

proceso biogenético, el grupo de los vertebrados ha superado á los otros en la lucha por la evolución.

En este grupo, en una época tardía, en el período triásico, una clase, la de los mamíferos, descendiente de los reptiles primitivos y de los anfibios ha ocupado por su importancia el primer rango.

En dicha clase ha alcanzado un alto grado de desarrollo el orden de los primates que apareció hace ya cerca de tres millones de años, hacia el fin del período terciario y salió por transformación de los placentalianos prochoriátides.

Y por fin vino el hombre salido de una serie de monos antropóides.

Este es un hecho histórico cuya comprobación definitiva se debe al médico militar holandés Eugenio Dubois, que en 1894 encontró en Java el *hombre mono petrificado el Pithecanthropus erectus*, es decir, el eslabón perdido de la cadena de Darwin, el miembro que faltaba en la serie de los primates que se extiende hoy sin interrupción desde nuestros antepasados los monos catharrinianos inferiores, hasta el más estirado *gentleman* de las sociedades modernas.

Estas eran las creencias de Salvador en lo relativo á la formación del mundo y al origen del hombre.

En cuanto á creencias religiosas, ya hemos dicho que no tenía ningunas.

En cuanto á moral, Salvador aceptaba casi por completo las doctrinas monistas del honorable sabio y profundo pensador Ernesto Haeckel:

La vida práctica impone al hombre una serie de obligaciones que no pueden llenarse bien conforme á la naturaleza, sino cuando armonizan con la concepción racional que el hombre mismo se ha formado del Universo.

Reconociendo que la vida moral é intelectual del hombre no forma sino una parte del cosmos, hay que aceptar que no existen dos mundos distintos y separados: el uno físico y el otro moral ó intelectual.

Desde luego los tres dogmas centrales de la metafísica, el *Dios personal*, el *libre arbitrio* y el *alma inmortal*, no deben servir de base á ninguna doctrina, desde el momento en que su realidad no puede demostrarse ni por la ciencia ni por la razón.

Hay, pues, que buscar la base de la moral, el

sentimiento del deber en el hombre, no ya en un ilusorio *imperativo categórico* como el de Kant, sino en el terreno real de los instintos sociales que existen en todos los animales superiores que viven asociados.

El hombre forma la parte principal del grupo de vertebrados sociables, y tiene, por consiguiente, como todos los animales sociales, dos grandes clases de deberes; primero para consigo mismo y después para la sociedad á que pertenece.

Los primeros son los mandamientos del amor á sí mismo (el egoísmo), los segundos son los mandamientos del amor á sus semejantes (el altruismo); ambas clases de deberes son normales, igualmente legítimas é igualmente indispensables.

Desde el momento en que el hombre quiere y necesita vivir en una sociedad bien organizada y encontrarse bien en ella; no debe procurar tan solo su felicidad, sino también la felicidad de la comunidad á que pertenece, la de sus semejantes.

Debe reconocer que la felicidad y los sufrimientos de la sociedad á que pertenece, son su felicidad propia y sus propios sufrimientos.

Esta ley social impuesta por la naturaleza es indiscutible.

La igual legitimidad del *egoísmo* y del *altruísmo*, del amor á sí mismo y del amor al prójimo, es la base de la moral *monista* racional, cuyo supremo fin es establecer un equilibrio, conforme á la naturaleza, entre el egoísmo y el altruísmo.

Los deberes que la constitución de la sociedad impone á los hombres asociados y gracias al cumplimiento de los cuales se sostiene, no son más que formas superiores de evolución de los instintos sociales que existen en todos los animales superiores que viven asociados: instintos y hábitos que han llegado á ser hereditarios.

Los dos grandes instintos siempre en lucha, el egoísmo y el altruísmo son leyes de la naturaleza, igualmente importantes, y las dos indispensables al sostenimiento de la familia y de la sociedad: el egoísmo permite la conservación del individuo; el altruísmo, la conservación de la especie, constituida por seres perecederos y transitorios.

El principio de Kant: «Obra siempre de tal modo que la máxima de tu conducta pueda ser erigida en un principio de legislación universal»

no ha pasado hasta hoy de un sueño irrealizable.

Según esto todo hombre debería tener el mismo sentimiento moral que los demás hombres.

Peró la antropología nos ha venido á enseñar que no es así. Entre los pueblos primitivos los deberes son muy diferentes de los deberes de los civilizados. Allí el robo, el fraude, el adulterio y el asesinato suelen ser virtudes y aun deberes.

Es necesario, pues, buscar la base, *la ley de oro* de la moral en el perfecto equilibrio del amor á la felicidad propia y el amor á la felicidad del prójimo.

Esta *ley de oro*, enunciada 620 años antes de Jesucristo por uno de los siete sabios de la Grecia, Pittakus de Mythilena «no hagas á tu prójimo lo que no quisieras que te hicieran á tí»; fué también enunciada 5000 años antes por Confucio que negaba la personalidad de Dios y la inmortalidad del alma, y decía:

«Haz á cada uno de tus semejantes lo que quisieras que te hicieran á tí, y á nadie hagas lo que no quisieras que te hiciesen. Tú no necesitas más que observar este mandamiento; es la base de todos los demás.»

Esto mismo decían Aristóteles, Thales, Aristipé, Sextus, Isócrates y otros filósofos de la antigüedad clásica, varios siglos antes de Jesucristo.

Y esta regla de oro teniendo por base la naturaleza misma del hombre, sus instintos sociales y la necesidad de vivir en sociedad, ésta es bastante sin necesitar de creencias religiosas para servir de base á la moral.

Esta es la misma que ninguno ha enunciado en forma más hermosa que el altruísta y sublime Jesús de Nazaret:

Amarás á tu prójimo como á tí mismo.

Tal era la moral que se enseñaba en la Escuela industrial.

A los veintiún años, Salvador era un joven bastante inteligente y de firme carácter, pues sus maestros habían de preferencia tratado de educar en él la voluntad, y saben bien los pedagogos que la voluntad es una facultad que, aunque rudimentaria en los primeros años de la vida, es como todas las facultades del espíritu, susceptible de un alto desarrollo bajo la influencia de la educación y el ejercicio.

Había heredado el talento de su padre y con él

alguno que otro vestigio de sus estigmas psíquicos; pero la sabia dirección de sus facultades y el racional encauzamiento de sus aptitudes bajo la disciplina de una educación hábilmente conducida, habían logrado equilibrar sus actividades cerebrales y el único rasgo de desequilibrio que le quedaba era un rasgo sublime: la impulsión á versificar; Salvador era poeta.

«La órbita del pensamiento humano, dice Maudsley, está como las órbitas de los planetas, determinada por dos fuerzas antagonistas. Una fuerza centrífuga ó revolucionaria proyecta las ideas y los impulsos, en tanto que el freno del hábito obra como fuerza centrípeta, conservadora, y la resultante de estas dos acciones contrarias es la vía en que se realiza la evolución del espíritu.»

El equilibrio de estas dos fuerzas antagonistas constituye el carácter.

La formación de un carácter en el cual, pensamientos, acciones y sentimientos estén perfectamente coordinados y subordinados á una firme voluntad, es la tarea más difícil del maestro, y realizada, constituye el grado supremo del desarrollo personal.

El que ha logrado obtener por un método consciente el acuerdo absoluto entre el individuo y su naturaleza propia, y la completa armonía entre el hombre y la naturaleza, ha logrado sacar de su personalidad, de la naturaleza humana y del mundo en que vive el más alto y ventajoso partido; se ha hecho superior á los acontecimientos y puede considerarse á salvo de la funesta acción de las pasiones, los impulsos y las dolorosas emociones en cuya tempestad naufragan casi siempre la inteligencia y la razón humana.

Salvador era un hombre de carácter.

Había estudiado lógica, matemáticas, física, química, historia natural, historia universal, geografía, derecho natural y derecho civil.

Poseía las nociones más indispensables de anatomía, fisiología, embriología é higiene.

Conocía tres idiomas; música, dibujo, contabilidad mercantil, y sobre todo esto, era un artesano instruído, un hábil carrocerero.

Poseía una notable instrucción cívica, conocía la táctica, la ordenanza militar y el manejo de las armas, lo suficiente para servir cuando llegase la ocasión en el ejército de su patria.

Hábil en pugilato y en esgrima, era un gran nadador, un gran jinete, y había obtenido el primer premio de gimnasia.

Caballeroso para con todo el mundo, galante con las damas, respetuoso con los ancianos, afable y cariñoso con los desvalidos y los niños; tenía en muy alta estimación su dignidad de hombre.

Sabía gozar de todo, ciñéndose á la máxima de Horacio: *ned quid nimis*, y abstenerse de los excesos, no porque los juzgara pecados sino porque comprendía muy bien lo pernicioso que es traspasar las fronteras del honesto placer y rodar en el fango de los vicios.

Sin incurrir en exageraciones ni soñar en utopias, sin meterse á investigar lo que juzgaba inaccesible á su razón, había aprendido á no pedir al mundo más que aquello que el mundo puede dar y á no ambicionar jamás sino lo que él pudiera conseguir con sus esfuerzos propios y su valer personal.

Aceptaba la existencia tal como es, los hombres y las cosas como son y el trabajo y la lucha por la vida, tales como deben ser.

Sabía, en una palabra, que la *relativa felicidad*,

única que el hombre puede alcanzar sobre la tierra, sólo se obtiene por la *perfecta adaptación al medio*.

No profesaba religión alguna, pero respetaba las creencias de todos, era honrado por convicción y había aprendido á hacer el bien por amor á sí mismo, y por amor á los demás.

Tal era el resultado de la educación que recibían los alumnos en la Escuela fundada por María.